

Miscelánea

Júlia Roqué



Image not found.

Capítulo 1

EL MUNDO DESDE DETRÁS DE UNA VENTANA

Abro los ojos y observo a mi alrededor. Estoy en una habitación con paredes blancas. Solamente hay una puerta (también blanca) y una única ventana rectangular bastante grande. Estoy en el suelo, estirada. Tengo los brazos cruzados encima de mi barriga, y miro el techo atentamente. También es blanco. No sé dónde estoy.

Me levanto e intento abrir la puerta, pero está cerrada con llave. ¿Cómo he llegado hasta aquí? El miedo me empieza a invadir. La única solución es la ventana.

Me acerco y me quedo mirando qué hay al otro lado del cristal. Lo primero que hago es mirar hacia abajo. Parece que estoy en un edificio bastante alto. Si salto desde aquí me mataré. No puedo abrir la ventana.

Toco el cristal con las manos y miro al exterior. Es la única manera que tengo de ver el mundo. Un pájaro pasa volando; un hilo fino de algodón blanco atraviesa el cielo, y al final de este hilo hay un avión que debe de ir lejos, bien lejos. Pienso en las personas que debe de haber y a dónde podrían viajar; abajo la mirada y veo coches, todo lleno de coches. Unos tocan el claxon, otros exceden la velocidad permitida. Delante del edificio donde estoy hay un bloque de pisos muy alto; deduzco que estoy en una ciudad. En la acera hay unos cuantos árboles, la poca vegetación que debe haber en esta ciudad la puedo observar desde donde estoy. Hay niños que llevan mochilas en sus espaldas y ríen y saltan alrededor de sus padres. Probablemente van a la escuela. También pasan señoras muy bien vestidas, y hombres con esmoquin. Seguramente trabajan en altos cargos, en oficinas muy importantes de la ciudad.

¿Y yo? ¿Qué hago, yo, en esta habitación blanca? ¿Por qué me he despertado aquí? ¿Cómo he llegado a este lugar?

No sé quién me ha traído aquí ni como saldré. Solo sé que ahora mismo, la única manera que tengo de ver el mundo y no volverme loca es desde detrás de esta ventana.

Capítulo 2

TÚ ERES MI TODO

Llego a casa corriendo, abro la puerta rápidamente y la cierro de mala gana. No hay nadie en casa. Me quito los zapatos y los tiro, juntamente con la mochila, al suelo. Me saco el móvil del bolsillo y voy a la habitación. Las lágrimas no tardarán en salir.

Me encierro en la habitación y me pongo los cascos, que están conectados al móvil. Me siento en el suelo apoyando la espalda en la cama y me abrazo las rodillas con los brazos. De golpe empieza a llover. Veo cómo caen las gotas por la ventana, cada vez con más intensidad. Y, de repente, de mis ojos también caen gotas. Y también, cada vez, con más intensidad. Y entonces comienzo a pensar en todo. Todo, que se puede resumir en "tú", porque tú lo eres todo.

Y me hago preguntas. ¿Por qué te amo tanto? ¿Qué puedo hacer para no amarte tanto? ¿Me amas? ¿Qué es el amor? ¿Sería capaz de olvidarte? ¿Serías capaz de quererme como yo te quiero? Y ninguna de estas preguntas tiene una respuesta exacta.

Apoyo mi cabeza en las rodillas y lloro. Tengo que soltarlo todo. Con la música a máximo volumen, lloro. Pienso en todos aquellos momentos que pasamos juntos y que ya no volverán. En aquellas miradas que querían decir de todo y que solo entendíamos nosotros.

¿Qué haré yo, ahora, sin ti? Te vas de mi vida sin decirme nada. ¿Crees que será fácil olvidarte? O mejor dicho, ¿crees que será posible olvidarte? No, es imposible. Porque yo no te quiero olvidar.

Quiero seguir viéndote, seguir escuchando tu voz y sentir tu olor que me embriaga, ver tus gestos que te identifican, tus ojos, tú. Te quiero a ti, siempre, cada día, cada hora, cada minuto, cada segundo. Porque mi todo eres tú.

La lluvia sigue, pero parece que va cesando. Parece que mis lágrimas también. La música continúa a todo volumen.

No sé que hacer para seguir viviendo. ¿Esto es vivir? No, esto no puede

ser vivir. El momento en el que tú desaparezcas, yo no podré seguir viviendo. Tú eres mi gasolina para continuar en marcha. Tú eres tú. Y todo eres tú. ¿Y yo? Yo no soy nada. Y para que en la nada haya alguna cosa, tiene que haber el todo. Tú y yo. Simplemente, te amo.

Capítulo 3

NO QUIERO CRECER

No quiero ser mayor, no quiero crecer. ¿Para qué sirve crecer? Tienes muchas obligaciones, muchos deberes, muchas cosas. Cosas que ocupan un tiempo precioso que querrías aprovechar para hacer lo que realmente te gusta. ¿Cuándo puedes hacer lo que realmente te gusta, cuando eres mayor?

Yo quiero ser pequeña y no crecer nunca. Quiero que venga Peter Pan y me lleve al País de Nunca Jamás, vivir allí para siempre, rodeada de aventuras y niños valientes. Crear mi propia historia y ser la heroína.

Pero no puedo. La sociedad es de otra manera y te impone que sigas como los demás si no quieres ser considerado loco. Porque según ellos, las ilusiones de los niños son eso, simples ilusiones. Para mí las ilusiones de los niños son la única escapatoria de esta realidad tan absurda.

Ojalá siempre fuésemos niños. Niños que solo lloran cuando se hacen daño de verdad, que ríen de todo corazón, que juegan como si no hubiese un mañana, niños sin preocupaciones, que se inventan mundos fantásticos donde los villanos son derrotados por los héroes.

Quizá la infancia es pura fantasía cuando eres adulto. Que ironía; cuando eres un niño quieres ser mayor, pero en cambio cuando eres mayor quieres volver a ser niño.

Vivir dentro de un cuento de hadas y no salir nunca más: este es mi sueño que nunca podrá ser cumplido.

Capítulo 4

EN EL BAR DE NOCHE

Paseaba por las calles ella sola. Eran las doce de la noche cuando se paró en medio de la acera. No pasaba mucha gente, afortunadamente. Se quedó mirando atentamente el establecimiento que tenía delante; se trataba de un bar de noche bastante elegante. Las pocas luces del interior intentaban iluminar la pequeña sala: una barra de bar, cuatro mesas contadas y unos altavoces. No sabía por qué, pero aquel local parecía que la invitaba a entrar. Y así lo hizo.

Empujó la puerta con un poco de miedo. Nunca se había planteado entrar en un local de ese estilo. Dentro no había ni un alma, ni siquiera un camarero. Se sentó en uno de los taburetes altos de la barra y allí se quedó, observando los cuadros colgados en las paredes que representaban grupos de música de los 70 o los 80. La música de fondo la calmaba un poco, era relajante. Pero, ¿por qué se había metido allí dentro?

- Buenas noches, señorita. ¿Qué querrá? - preguntó una voz masculina.

Un hombre de unos treinta y cinco años salió de una puerta y se situó detrás de la barra, mientras secaba un vaso con un paño. Tenía en la cara una expresión amable. Era un poco gordito, de baja estatura y vestía de manera muy elegante.

- Vodka – respondió ella apoyando la cabeza sobre la mano derecha.

El camarero asintió y volvió a entrar por la puerta de donde había salido. La chica se sacó el móvil del bolsillo. Ninguna llamada, ningún mensaje. A esas alturas ya nadie se preocupaba por ella. Volvió a guardarse el móvil.

El camarero apareció de nuevo con la bebida y se la dejó sobre la barra.

- Una noche fría, ¿eh? - rompió el hielo el camarero.

- Sí, la verdad. ¿Por qué no hay nadie? - preguntó la chica, con indiferencia, hablando simplemente para continuar la conversación con el camarero.

- El frío los mantiene a todos en casa. Aunque, sinceramente, por aquí no suele venir mucha gente, la verdad. Y tú, ¿qué haces por aquí?

- La verdad es que no lo sé. Está muy bueno este vodka. Gracias.

El camarero sonrió y volvió a desaparecer, dejando el paño sobre la barra, de cualquier manera.

- Joder, ¡qué frío hace fuera! - gritó alguien que entraba.

La chica se giró sorprendida. No esperaba que viniera nadie, esa noche. Pero al girarse, vio que acababa de entrar un chico que estaba intentado hacerse pasar el frío. Realmente hacía mucho frío, esa noche.

El chico se dirigió directamente donde estaba la chica y se sentó justo en el taburete de al lado. No se quitó la chaqueta y llamó al camarero.

- Ey, César, ¿cómo va la noche, chico? - preguntó el camarero, mientras salía otra vez por la puerta.

- No sabes el frío que hace fuera, Gabe. Suerte que hay tíos como tú que llevan estos bares de noche, si no más de uno ya te juro yo que estaría muerto de frío, literalmente.

- Y pues, ¿qué pondremos, chaval? ¿Un vermut como siempre?

- Sí, por favor.

Los dos jóvenes se quedaron solo mientras el amo del local iba a preparar la bebida que había pedido el cliente. Parecía que el chico no se había dado cuenta de la presencia de la chica. Pero solo lo parecía.

- Buenas noches tenga, señorita. ¿Qué hace una chica como tú en lugares como estos? No te había visto nunca por aquí. Y mira que vengo a menudo en este antro de mala muerte - dijo mientras se giraba para mirar a la chica.

- Buenas noches. Así que vermut, ¿eh?

- Ajá. Y tu vodka, veo. Buena elección.

- No sé por qué he entrado. Para pasar el rato, supongo. Nunca sé nada, yo.

El joven soltó una carcajada.

- ¡Ha! Tiene gracia, eso. ¿Nunca sabes nada? Pues yo tampoco.

Por primera vez, la chica giró la cabeza y le miró fijamente a los ojos. Tenía unos ojos oscuros, negros como el azabache, como el carbón, como el cielo de aquella noche de invierno. Los cabellos largos, también negros, hasta los hombros. Tenía dos piercings en la ceja derecha. Labios gruesos, piel morena. Estaba sentado, pero cuando lo había visto entrar le había parecido ver que era bastante más alto que ella. Decidió contestarle.

- Eres extraño, tío.

- Me lo dicen a menudo. ¿Tú por qué crees que soy extraño? - preguntó, dibujando una sonrisa maliciosa.

- Por el tipo de preguntas que haces.

De repente apareció el camarero con la bebida del chico.

- ¡Ey, pareja! Veo que empezáis a hablar. ¿Has visto, César, qué chica más bonita ha aparecido por aquí? No tenemos muchas visitas, así que... ¡aprovecha para socializar, hombre! - decía el camarero, entre carcajadas. Dejó el vermut de César en la barra.

El joven empezó a beber el contenido del vaso. La chica no dijo nada sobre los comentarios del camarero y siguió bebiendo su vodka.

- ¿Sabes? He visto a muchas chicas a lo largo de mi vida. Pero te aseguro que tú eres diferente.

- ¿Intentas ligar o alguna cosa por el estilo? No estoy de humor - contestó ella, al oír las palabras de César.

- ¿Ligar, yo? ¿Para qué quieres que ligue contigo? No lo decía en ese sentido. Quiero decir que eres muy callada, tengo la sensación de que dices lo primero que se te pasa por la cabeza y que te da igual lo que pasa a tu alrededor. ¿Me equivoco?

- Evidentemente. No me conoces, ¿cómo quieres saber cómo soy?

- No has ido nunca antes a un bar de noche, ¿verdad? - preguntó él, haciendo girar el vaso.

- No.

- Se nota. Tienes suerte que has entrado aquí y que el único pesado soy yo. Normalmente estos lugares están llenos de gente que, o bien buscan una tía para pasar la noche, o bien no paran de beber para dejar atrás sus penas. Hablo de los bares donde he ido yo. Pero este es un lugar tranquilo.

- Ya.

- ¿Te gustan los monosílabos?

- Cambias de tema muy bruscamente.

- Lo sé.

Siguieron bebiendo sin decirse nada más. La música de fondo era una maravilla, y la poca iluminación era perfecta. Era un ambiente que ella había buscado siempre.

- ¿Nombre? - preguntó César, de repente.

- ¿Como? - respondió ella.

- ¿Cómo te llamas?

- No creo que te tenga que interesar. Ya no nos veremos nunca más.

- Quien sabe - entonces César escribió un número en un papel y se lo dio a la chica. - Toma, este es mi número de teléfono. Si pasa algo, llámame.

- Está bien.

- ¿Y tu número?

- No tengo por qué dártelo.

- Yo te lo he dado.

- No te lo he pedido, que yo recuerde. Me voy.

La chica se levantó dispuesta a irse. Dejó el dinero sobre la barra y dio las gracias al camarero. César no podía dejar de mirarla.

Ella se dirigió hacia la puerta. Sentía cómo la mirada de él estaba clavada en ella. Cuando cogió el pomo de la puerta de cristal, se giró y dijo:

- Por cierto, me llamo Cordelia. Buenas noches...
- ¡César! ¡Yo me llamo César! ¡Encantado! - gritaba él, eufórico.
- Buenas noches, César.

Cordelia empezó a caminar hacia no sabía donde. Mientras tanto, pensaba en César. Era un chico muy peculiar, muy extraño, muy fuera de lo normal. Pero le gustaba que fuese de aquella manera. Aún así, ella ya sabía que no se volverían a ver.

Dentro del bar, el camarero y César continuaron hablando un poco.

- Es una chica interesante, esta Cordelia, ¿no crees? - le preguntó Gabriel, el camarero, a César.
- Muy interesante, Gabe. Tiene alguna cosa que me llama la atención. Pero no creo que la vuelva a ver. Es lo que tienen estas cosas.
- ¿Tú crees que no, chaval? Que una chica te llame la atención ya es difícil, ya...
- Gabe, solo me ha llamado la atención. Nada más.
- Claro, claro - decía el camarero, mientras fregaba otro vaso con el paño y sonreía.